

Léodile Béra ("André Léo")

La guerra social

Discurso de 1871 ante el congreso de la Liga de la paz y de la libertad en Lausana

Léodile Béra (1824-1900), más conocida como André Léo, fue una activista social participante en la Comuna de París. Autora, entre otras obras, de *La Femme et les mœurs. Monarchie ou liberté*, donde rebate las tesis machistas de Proudhon, y de la novela de carácter feminista *Aline-Ali* (1869). Autora del programa de la *Société de revendication des droits*, colaboró en periódicos como *La République des travailleurs*, *La Sociale*, *La Commune* y el *Cri du peuple*. Defendió la libertad de expresión, también para los sectores reaccionarios y conservadores. La traducción, que en algunas partes se desvía de la literalidad con ánimo de acercar a nuestro tiempo y lugar las ideas de fondo, es responsabilidad de Trasversales. Algunas anotaciones de la traducción aparecen entre corchetes.

Más información sobre André Léo en:
<http://www.andreleo.com/>

En 1867, cuando se formó la Liga de la paz y la libertad, ésta era la expresión en Europa, especialmente en Francia, de una idea muy moral, muy justa, que se sorprendía al encontrar aún las leyes de la guerra en el código de las naciones civilizadas o que se autoconsideraban tal, y que se indignaba de que, de vez en cuando, amenazas y rumores de guerras se instalasen en la política cortesana y perturbase los asuntos públicos. Hubo entonces una especie de cruzada llevada a cabo por escritores y publicistas, a la que la Liga dio más consistencia, ampliando su impacto. También fue, al mismo tiempo, una protesta contra los poderes reales e imperiales que disponen de la vida de las personas y sólo se escuchan a sí mismos y a sus cálculos monstruosos.

Ellos, en efecto, montaron la guerra de 1870, pese a ustedes y a la opinión pública. Los monarcas no pueden ser reconvertidos. Afortunadamente, no ocurre lo mismo con el punto de vista de la opinión pública, que sí había comprendido lo que ocurría. El significado de los males de la guerra y de su locura se extendió rápidamente en el pueblo y este sentimiento tuvo mucho que ver con la consternación y la indignación que causó en Francia la declaración de guerra del 15 de julio de 1870. Podemos decir con certeza, como ustedes reconocen, que las guerras, falsamente llamadas nacionales, son sólo guerras monárquicas. La guerra y la monarquía se sostienen mutuamente, viven y mueren juntas. Su Liga es indudablemente republicana y su trabajo y su actividad están claramente definidos en ese sentido. Pero hay otra guerra que no han considerado y que supera en mucho a la otra en estragos y frenesí. Estoy hablando de la guerra civil.

Existe en Francia desde 1848, pero muchos se obstinan en no verla. Hoy en día, ¿qué sordos no oyen los cañones de París y Versalles? ¿Y esos tiroteos en parques, cementerios, en terrenos baldíos y en las aldeas de los alrededores de París? ¿Qué ciegos no han visto, primero durante el día y más tarde por la noche, esas carretas llenas de cadáveres, o a esos cientos de prisioneros, hombres, mujeres y niños, llevados a la muerte bajo el fuego del pelotón o de las ametralladoras? ¿Y esas largas filas de desgraciados, derrotados, desgarrados, a los que se insultaba, se maltrataba, se obligaba a arrodillarse, para vergüenza de la humanidad, en el camino de Versalles? ¿Quién no oye en su corazón, a menos de no tenerlo, el grito de 40.000 personas trasladadas sin juicio, apiladas cuatro o seis meses en los muelles de nuestros puertos?

Para ocultar estos horrores se han utilizado todas las palabras que el idioma pone a disposición de los retóricos para luchar contra la verdad. Siendo tan culpables, han acusado mucho. Mucho han gritado para no dejar escuchar. Durante cuatro meses, sobre todo

en los dos primeros, la calumnia ha extendido desbordante todas esas hierbas venenosas que marcan con el sello de la infamia la causa que abrazan. Y otros, amedrentados bajo el terror reinante, han repetido vilmente esas acusaciones y calumnias. Se ha llamado asesinos a los asesinados, ladrones a los robados, verdugos a las víctimas.

Se puede criticar a la Comuna. Más que nadie, deploro y maldigo la ceguera de los hombres que, con su estupidez e incapacidad, han llevado tan bella causa a la derrota. ¡Qué sufrimiento, día a día, verla perecer! Pero hoy ese resentimiento inspira lástima. Desde mayo tengo que hacer un esfuerzo para recordar los errores de la Comuna. Ya no podemos verlos ante el desbordamiento de crímenes que han pasado por encima de ellos. La profusión de infamias que les han seguido les han hecho honorables en comparación.

Permítanme responder a las dudas que probablemente existen sobre este tema en la mente de muchos, comparando lo más sucintamente posible las acciones de ambas partes. Pues, en mi opinión, ustedes tienen que tomar partido ante este terrible drama, que no ha terminado ni terminará en mucho tiempo, ante el que no se puede ser neutral. No pueden ustedes llamarse Liga de la paz y la libertad y permanecer indiferentes ante estas matanzas, ante esta violencia.

¿De qué se acusa a los revolucionarios de París? De saqueos, asesinatos, incendios. El saqueo de las casas de París es una calumnia firmada por Thiers y expandida en miles de ejemplares pagados con el dinero de Francia para engañar a Francia. No hubo saqueos. Admitamos que hubo medidas financieras cuestionables, aunque quizá menos cuestionables que las de Pouyer-Quertier [capitalista algodonero y ministro de Finanzas entre 25/2/1871 y 23/4/1872]. Hubo algunas confiscaciones arbitrarias, pero enseguida fueron sancionadas y reparadas. Durante los dos meses en que París estuvo completamente en manos de los pobres, reinó el orden, el verdadero orden, el que es tanto seguridad como

decencia, un orden diferente al orden del lujo, el despotismo y la corrupción, ese orden de Varsovia que actualmente prevalece en París. Los que vivían allí lo saben. Las excepciones, aquí y allá, han sido escasas. Sólo los sacerdotes fueron objeto de persecuciones personales lamentables que no pretendo excusar, digo la verdad y comparo. Algunas personas les hablarán de los peligros que corrieron. Preguntadles bien, porque ¡sufrieron sólo sus propios miedos! Decídes que os muestren sus heridas.

En algunos servicios, por culpa de algunos agentes, se ha despilfarrado. ¿Las administraciones monárquicas estaban exentas de ello? Todos los servicios estaban desorganizados y se dispuso de menos de dos meses, con batallas diarias, para recrearlos y poner todo en orden. Cierto, quedó mucho por hacer, pero no dispusimos de tiempo para ello. Al menos, reinó un gran ahorro general, una gran simplicidad. En el Ministerio de Educación, en lugar de esta tropa de gente con librea que había seguido allí tras el 4 de septiembre de 1870 [proclamación de la III República francesa], sólo quedó una mujer de la limpieza, un empleado de la antecámara y un portero.

Desde entonces, ¿qué ha ocurrido en este París bajo el poder de la gente de orden? Todas las casas han sido registradas y allanadas, de arriba abajo, no una vez, sino dos, tres y cuatro. Y en esos allanamientos con frecuencia se han cometido robos y pillajes. Conozco muchos casos particulares, pero sólo citaré uno generalizado. Todos los fusilados fueron despojados de lo que llevaban, dinero o joyas. Y el dinero, y a menudo las joyas, se distribuyó entre los soldados como prima de asesinato.

Bajo la Comuna no se cometieron asesinatos, salvo la ejecución de algunos espías, siete en total, en los puestos avanzados, algo usual en las guerras. Todo el estrépito que hizo la mayoría de la Comuna, todas esas amenazas, todo el pastiche de 1793, consistía sólo en palabras, frases, decretos. Simple pose. La ley de los rehenes no se aplicó, gracias a la minoría y, creo también,

a la secreta repugnancia de los imitadores del terror, que a pesar de sí mismos eran parte de su tiempo y de su partido, pues la democracia moderna es humana. La ley de los rehenes no se aplicó hasta el 23 de mayo por la tarde, cuando la autoridad de la Comuna ya no existía de hecho, pues la última reunión fue el 22. Estas ejecuciones se llevaron a cabo por orden exclusiva de Raoul Rigault y de Ferré, dos de las más lamentables personalidades de la Comuna, que hasta entonces no habían cesado, siempre en vano, de reclamar medidas sanguinarias. No obstante, hay que decir que esas represalias no se produjeron hasta que pasaron dos días y dos noches de fusilamientos versalleses, durante los cuales la gente de orden había fusilado a centenares de personas hechas prisioneras en las barricadas: hombres que habían depuesto las armas, mujeres, adolescentes de 15 y 16 años, personas sacadas de sus casas, delatadas, sospechosas. ¿Qué más les daba?, no tenían tiempo para investigar cada caso.

Se mataba en masa y se recurrió, para ir más deprisa, a las ametralladoras. Hay bastantes testigos que escucharon sus fuertes traqueteos en el Luxembourg, donde, sobre las aceras que corren junto a sus verjas, los pies resbalaban sobre la sangre. Y también podemos hablar del cuartel Lobau, en el barrio St. Victor, cerca de la Vilette... En cuanto a los incendios, queda mucho por investigar. Pero hay tres cosas que pueden decirse con certeza:

- Esos incendios han sido sobredimensionados, exagerados desmesuradamente y utilizados de manera odiosa con propósitos de venganza.
- Varios de los incendios fueron iniciados por los obuses de los asaltantes.
- Las casas quemadas por los federados lo fueron por necesidades de defensa, no con el fantástico proyecto de quemar París que les imputa. Los soldados versalleses entraron por las casas contiguas a las barricadas y desde ellas disparaban contra los defensores. Por lo tanto, o se quemaban esas casas o había que renunciar a la lucha.

En cuanto a la quema de las Tullerías, la prefectura de Policía, el Palacio de Justicia, la Legión de Honor, etc., no se conoce el nombre de los culpables. Cuando recordamos el primer incendio fallido en la Prefectura de Policía, ocurrido el pasado noviembre, cuando pensamos en el interés que tenía esa gente en destruir algunos papeles, cuando pensamos en los agentes de Versalles que llenaban París, o en la *inteligencia* de las llamas que han respetado en monumentos y colecciones todo aquello cuya pérdida hubiera sido irreparable, cuando pensamos en la dudosa situación jurídica del poder legal ante Francia, que le era hostil y que, si no aprobaba la Comuna, al menos sí reconoció la legitimidad de las reivindicaciones de París, cuando pensamos en el peligro que conllevaba la aplicación del plan de exterminio dictado por una política a lo Médicis, acariciada por un odio implacable, peligro tal que el vencedor podría sucumbir por su victoria, entonces se entiende que sólo un gran crimen atribuido a los federados podría excitar la cólera pública y permitir este exterminio y estas venganzas. Y podemos sospechar que tras el incendio de París se esconden uno de los más terribles misterios que la historia tiene aún que penetrar.

La historia de las repúblicas, como la actual República Francesa, se asemeja mucho, por desgracia, a la de los imperios. No sale a superficie ni se expone a la luz. Para quien la ha observado bien, desde el 4 de septiembre esta historia es el desarrollo de una conspiración monárquica, inmediatamente formada, y que entra en guerra contra la República al mismo tiempo que los prusianos. Y esta guerra latente es la principal, pues la otra se convierte en su campo de desarrollo, en su alfombra, y de aquella proviene su resultado.

Es bien conocido que los monárquicos, como sus príncipes, nunca tuvieron patria; así les vemos, desde que Francia fue derrotada, arrojándose descaradamente como chacales hambrientos sobre la presa. La primera preocupación de los falsos republi-

canos del 4 de septiembre no es el enemigo de la nación sino la democracia popular. Después de todo, Guillermo I de Alemania es un rey; entre los reyes y los conservadores siempre puede alcanzarse un apañío. Lo peor es tener que pagar, pero eso atañe al pueblo. ¡Pero el dominio de tendencias populares! ¡Pero el socialismo! ¡Por dios! ¡Tener al pueblo como amo en vez de gobernarle! ¡Ver en peligro esa dorada ociosidad, conquistada al precio de tantas otras capitulaciones!

Ellos no tienen otro miedo ni otro objeto de preocupación, y por ello sacrificaron a Francia. Para ellos, la República victoriosa, sacando al país del abismo al que había sido arrojado por la monarquía, podría ser el fin del viejo mundo.

París, sobre todo París, les aterroriza. París socialista, París armada, deliberando en sus clubes, en su consejo y autoadministrándose. ¡Liberado el genio al que tuvieron cautivo tanto tiempo, sin dejar de ser peligroso! ¡Qué ejemplo! ¡Qué propaganda! ¡Qué peligro!

Y, además, París es el único lugar donde puede asentarse el trono. Pero el pueblo había ocupado ese lugar, ¡el pueblo en armas! Por lo tanto, era necesario despejar el terreno a cualquier precio.

Ahora bien, el pretexto para una medida semejante sólo podía ser alguna fechoría de la población, un uso abusivo de sus armas, una insurrección tal vez, lo que permitiría fusilar y encarcelar demócratas. Este plan no es nuevo, es casi tan antiguo como la aristocracia. Los conservadores ya no inventan nada... pero siguen perfeccionando. En efecto, hasta ahora nunca se había hecho nada similar tan a lo grande.

Por lo tanto, desde finales de febrero hasta el 18 de marzo, casi todos los días, al paso de los trenes por las estaciones de las zonas rurales se propagaba que se estaba luchando en París y que París ardía, a lo que los campesinos reaccionaban diciendo "Después de tantas desgracias, estos bribones de París no nos dejarán vivir en paz".

¿Quiénes habían utilizado el asedio de

cinco meses, cinco meses de silencio forzado de París, para persuadir a los campesinos de que fueron los republicanos quienes habían forzado al imperio a hacer la guerra y de que los parisinos no sólo se negaban a luchar contra los prusianos sino que también impedían al general Trochu organizar incursiones, ya que tenía que usar las tropas para contener los disturbios internos?

¿Quién se atrevería a repetir en esta tribuna esa calumnia descarada, ante París indignado, ante la conciencia ultrajada de quienes han compartido los dolores de este asedio, peores que las privaciones, y ante el ferviente patriotismo del pueblo de París, culpable sólo de una paciencia y una credulidad demasiado grandes ante sus gobernantes?

De esa manera se ha excitado a Francia contra París, que había creado la República y quería mantenerla. Así se ha estigmatizado a la víctima antes de ejecutarla, arrebatándola, antes de tender la trampa en que debía perecer, todas las simpatías que podía tener a su alrededor. Tal y como han confesado todos los periódicos moderados, el ataque del 18 de marzo fue una provocación. La retirada inmediata del Gobierno de todos los servicios públicos y el rápido traslado de todas las cajas y materiales de la administración dan prueba de un plan preparado de antemano. El motín se convirtió en una revolución. No decayó el ánimo del tramoyista de este drama. París fue de nuevo aislado y la calumnia oficial, de la que el imperio había hecho una institución, se convirtió en un servicio público, con el apoyo de todo el coro de oficiosos calumniadores.

París agonizaba a sangre y fuego... en las provincias. Se decía que los niños eran arrojados al Sena y los ancianos crucificados en los muros. La humanidad parecía dividida en disolutos e ingenuos, en gobernantes y gobernados. La buena gente se creyó todo esto... porque se lo dijeron. He visto a personas educadas, inteligentes, demócratas, que no podían entrar en París sin echarse a temblar.

¿Cuántos espíritus independientes hay que se hayan dicho que, cuando sólo hablan los vencedores, cuando los vencidos no pueden alegar ni desmentir nada, es de justicia y de sentido común no juzgar a éstos?

¿Cuántas personas han querido dudar de las acusaciones calumniosas, contra la gente y los hechos de la Comuna, contra quienes hayan tomado partido por ella, expandidas extraoficialmente en los periódicos y repetidas odiosamente por los demás? Me permitiré mencionar dos hechos como ejemplo. Si son demasiado personales, lo que habría evitado en cualquier otra ocasión, es porque los testimonios son más concluyentes cuanto más directos sean.

No contentos con haberme detenido, interrogado y finalmente soltado, en un rincón discreto de un periódico conservador, cuyo nombre no menciono por pudor, se atrevieron a mezclar extractos de artículos escritos por mí con fragmentos falsos en los que se me hacía pedir fusilamientos a la Comuna. También me atribuía haber pronunciado un discurso tras la caída de la columna de la Place Vendôme y haberla trasladado en triunfo, cuando no he puesto un pie en esa plaza y no he dejado de lamentar esas demoliciones infantiles.

Otro hecho: nos enteramos por carta de la llegada a Suiza de uno de nuestros amigos. Tres días más tarde, *Paris-Journal* publica que este comunero ha sido detenido en un burdel y le atribuye frases groseras.

Estos dos hechos, de los que puedo dar fe, ¿no os dicen nada sobre lo que hay que pensar en otros casos similares? ¿Acaso este sistema, aplicado bajo protección del Gobierno y por él mismo, no demuestra la existencia de una facción capaz de todas las infamias y todos los crímenes para lograr su objetivo, así como la existencia de un plan global que tiene preparadas sus consignas y funciones?

Desde todos los rincones de Francia, ¿cuántas gestiones se han hecho para evitar esta guerra fatal y salvar París, cuántas delegaciones se han formado, cuántos intentos, cuántos proyectos de conciliación,

cuántas solicitudes? La Comuna no se atribuye haber apoyado abiertamente todas ellas, pero nunca se negó a nada, ya que Versalles no hizo ninguna concesión. El *no possumus* de Thiers [presidente provisional de la III República entre 1871 y 1873] estuvo a la altura del utilizado por el Papa. Era inútil preguntarle: ¿aceptaría usted esto o aquello? Él sólo quería que ocurriera lo que se estaba intentado impedir: el exterminio de los demócratas y el aplastamiento de París.

Y lo logró. Esta conspiración de mentiras, crímenes y monarquía ha triunfado. Los caminos del trono han sido despejados. La libertad ha vuelto a ser encadenada, el pensamiento ha sido esposado y, gracias al miedo, todo les está permitido a los que reinan. La ciudad que fue la capital del mundo, y que ya ni siquiera es la capital de Francia, perdió a sus ciudadanos, pero ha recuperado a petimetres y cortesanos. Su sangre generosa ha corrido por los arroyos y ha tintado de rojo, literalmente, las aguas del Sena. Durante ocho días y ocho noches se ha hecho una gran masacre humana, para que el París de la revolución se transforme en el París de los imperios.

He visto esos días de sangre; durante esas noches horribles escuché el fragor de los pelotones y de las ametralladoras. He recibido muchos testimonios, he recogido confesiones escritas de los propios asesinos, ebrios de feroz alegría. Nunca se apaciguará mi indignación. Mientras viva, allá donde pueda ser escuchada, daré testimonio contra esta monstruosa encarnación del egoísmo, la hipocresía y la ferocidad, que el vulgar imbécil acata como partido del orden, "razón social" tras las que se esconden descaradamente sus garitos, sus antros y sus lupanares.

¡Y siguen hablando de 1793! Y el espectro rojo, pese a andar en andrajos, aún sirve como espantapájaros para los plumíferos. ¿Qué fue el terror rojo del siglo pasado, al que la democracia no ha vuelto a recurrir, qué fue esa crisis fatal explicable por el hambre y el peligro, en comparación con

estos terrores tricolores, con este terror de 1871 mucho más espantoso y que no deja de crecer en rabia e intensidad? ¿Qué mes de 1793 podría equivaler a esta semana sangrienta, en la que, como dicen sus propios periódicos, 12.000 cadáveres quedaron esparcidos por el suelo de París? En 1793 hubo espacio suficiente en las cárceles, pero ahora se han utilizado también las llanuras de Versalles y los muelles de los puertos.

El terror tricolor manifiesta la superioridad de la ametralladora sobre la guillotina, la enorme distancia que separa, en la maldad, la intencionalidad del arrebato. La guillotina, al menos, asesinaba a plena luz del día y sólo una vida por vez. Ellos han matado durante ocho días y ocho noches primero y, luego, durante más de un mes, sólo por la noche. Dos personas honorables que viven cerca de dos puntos opuestos del Luxembourg me han asegurado que todavía oyeron los lúgubres disparos en la noche del 6 de julio.

Sólo sé de 64 víctimas de la Comuna, y eso si se insiste en atribuirle la ejecución de rehenes que nunca ordenó, mientras que la cifra más baja de víctimas causadas por el otro bando se cifra en 15.000, y muchos hablan de 20.000. ¿Pero quién puede contar los muertos en una matanza sin freno, en una masacre sin juicio, sin más regla que el grado de ebriedad del soldado o el grado de furor político del oficial? Pregunten a las familias que buscan en vano a padre, hermano o hijo desaparecido, de los que nunca tendrán un certificado de defunción.

Cuando contemplamos estos hechos y vemos el estigma asociado a ¡las víctimas! nos quedamos anonadados y nos preguntamos qué burla es ésta ante la opinión o la conciencia humana. Sí, quienes acusan son los asesinos. ¡Sus gritos lo ocupan todo! Y a las víctimas se les niega hasta el derecho de asilo, alegando la moral ultrajada y el santo pudor. ¿Qué es esa moral? ¿Qué es esa justicia? ¿Qué pasó con el significado de las palabras? Este mundo se considera escéptico, este siglo se dice incrédulo,

¡pero cree en las lágrimas de Thiers, en la indignación de Jules Favre, en la sensibilidad de los verdugos y en los juramentos de los falsarios! ¿Por qué no creer entonces también en el honor de Luis Bonaparte?

¡Ay!, ¿tal vez la política de esta desgraciada humanidad no consistirá nunca en otra cosa que en un cambio de nombres? Ustedes, señores, representan aquí el pensamiento inteligente de las clases ilustradas, que creen en la paz, que creen en la libertad y, por lo tanto, en la conciencia humana. Es su deber protestar contra tales crímenes. Sería demasiado infantil y demasiado falso fingir no verlos cuando colman el mundo, cuando este país en el que estáis ha acogido a muchos de los huidos de ese naufragio. Lo repito, vuestro deber es hacer todo lo contrario. Sois la Liga de la paz... ¡y se está matando! Los fusilamientos han vuelto a comenzar, ahora en Marsella, pronto en Versalles. Antes, sin juicio, ahora con una parodia de justicia, pero siguen siendo vencedores ejecutando a vencidos. Ustedes son la Liga de la libertad y 40.000 hombres se amontonan en los muelles. Todas las libertades, de nuevo, son violadas y el terror ha reinado en París durante cuatro meses. Es la vieja barbarie, victoriosa sobre todos los instintos del nuevo mundo. Deben protestar contra ella y desterrar de la humanidad a estos asesinos y a estos liberticidas.

Porque, aun sin tener en cuenta la libertad, ustedes no son de esos que confunden la paz con el silencio. Ustedes saben que este régimen no está preparando la paz ni los medios para la paz, sino la resistencia al progreso, el recorte de la libertad y la negación de las nuevas necesidades de la humanidad del siglo XIX. Todo esto, como ustedes saben, sólo sirve para preparar nuevas guerras, guerras sociales terribles como la que acaba de tener lugar. Ustedes creen que la paz en el mundo de hoy está vinculada al desarrollo de la inteligencia, de la moralidad y del bienestar de los pueblos. Sin embargo, ¿cómo va a cumplir ese triple objetivo el Gobierno de Versalles, aunque

también se presente como salvador del orden, la moral y el bien común?

¿Con leyes financieras que costean los gastos de la guerra disminuyendo el consumo de los pobres y que no encuentran otra cosa mejor sobre la que establecer impuestos que las necesidades del pensamiento? ¿Con ese odio inmenso que ha llenado sus almas? ¿Con sus asesinatos, sus insultos, sus prohibiciones?

Sabemos en qué estado han dejado la industria estos conservadores. Los talleres, ya despoblados para llenar los cementerios, quedan ahora desiertos a causa de una emigración de proporciones irlandesas, inédita hasta ahora en París. Aquellos de nuestros mejores trabajadores que aún siguen aquí terminarán llevándose al extranjero sus habilidades y sus métodos, y Francia, como ya ocurrió tras la Reforma o tras la revocación del edicto de Nantes, dispersará por el mundo entero lo que queda de sus fuerzas vitales ya desangradas por el hierro asesino. Nótese de paso que si bien antes casi todas estas expatriaciones tenían su origen en las ideas, éstas otras lo tienen en el hambre.

Todos ustedes creen que la única salida a este periodo fatal se encuentra en la educación popular y el sufragio universal, pues de otro modo moriremos. Si continuamos en las tinieblas en que nos encontramos, moriremos, y nadie puede negar que Francia está ya muy enferma y disminuida. Si penetra la luz, viviremos una vida más larga, más feliz, más fuerte. Pues bien, ¿qué hace el gobierno actual de Francia por la educación pública?

La revolución del 18 de marzo había liberado la escuela de la inmundicia y funesta enseñanza de los curas, ahora restaurada. Este gobierno, defensor de la moral, ¿ignoraba la horrible corrupción a la que es sometida la infancia y que, a pesar de los muchos obstáculos puestos en su divulgación, estalla frecuentemente en escándalos terribles? No, sin duda, no lo ignoraba, pero ¿qué le importa? Al fin y al cabo, la manipulada historia escrita al modo de Jean

Nicolas Loriquet y el dogma de la obediencia son de gran utilidad para moldear a los electores. Y, además, la corrupción también sirve para promover el embrutecimiento.

Al frente de la Instrucción Pública se encuentra un hombre, el único residuo que queda del 4 de septiembre [proclamación de la Tercera República, 1870], que encandiló a los ingenuos. Autor ligero de varios gruesos libros, *La Religion naturelle* entre otros, este hombre construyó su reputación en torno a este gran tema, esta necesidad prioritaria, la educación pública. Desde hace un año, ésta se encuentra bajo su dirección. Durante el asedio de París la mayoría de las municipalidades, muy involucradas en ese sentido, nombraron comisiones que propusieron reformas, en primer lugar la exclusión de los curas de la educación pública. El ministro no las contrarió, incluso las invitó amablemente a elaborar planes y recibió sus peticiones, pero no hizo ningún caso. Las comisiones pronto se dieron cuenta de que el director de servicio, verdadero amo del Ministerio, seguía siendo el mismo clerical al que Su Majestad Napoleón III se había dignado confiar esas delicadas funciones. En vano se pidió su destitución, siguió en su puesto y aún sigue allí.

¿Cómo no admirar la abnegación con la que el ministro titular cubre la continuación del sistema oscurantista bajo el manto de una reputación adquirida con la idea democrática? Sólo el amor al orden a cualquier precio puede dictar tales sacrificios, pero está claro que los considera necesarios y que sobre esto no hay nada que podamos esperar de él.

No, no podemos esperar nada, porque en realidad sólo hay dos partidos en este mundo: el partido de la ilustración y de la paz para la libertad y la igualdad, y el partido del privilegio, de la guerra y de la ignorancia. No hay, no puede haber ningún partido intermedio. Me refiero a cualquier partido al que pueda tomarse en serio.

Ya es hora de que, por fin, impidamos que nos confundan con este discurso oficial,

cuya historia sólo es un interminable perjurio, y de que intentemos desengañar a todo el mundo. Ha llegado el momento de romper no sólo con los males que nos ha infligido, con las ruinas y desgracias que nos ha causado, sino también con su aterradora inmoralidad.

¿No vemos que cualquier monarquía o aristocracia, que cualquier privilegio, está obligado por su propia naturaleza a mentir, a engañar, ya que no puede ser acorde con la justicia? Frente al instinto de equidad y de igualdad que, a pesar de todo, está en el fondo de la conciencia humana y es la base de cualquier juicio, la palabra *privilegio* ha sonado siempre a falsa y con un sentido de injusticia. El privilegio ha sido siempre inmoral, pero cada vez más se siente que lo es y se le reconoce como tal.

¿Qué hacer ante el peligro implícito en ese reconocimiento? ¿Qué pueden hacer sino hablar de moral, hablar mucho, presentarse como profesores y árbitros de la moral? Eso es lo que hacen todos ellos. Y, cada vez más, lo hacen con un arte terrible, que hace más refinado el miedo y más audaz su nuevo punto de apoyo, la ignorancia de las masas.

Siempre han emitido discursos embaucadores desde lo alto de los tronos, pero en el pasado, al menos en cierta medida, los oradores creían en lo que decían, lo que ya no es posible. Sin embargo, a menos sinceridad, más hablan de orden, de moral, de Providencia. Napoleón III, a raíz de su crimen, hizo verdaderas obras maestras en este género. Tenía que hacer algo muy difícil, hablar al mismo tiempo a dos públicos diferentes: los campesinos beatos, que lo consideraban un Mesías, y los ilustrados que, ya fuesen enemigos o cómplices, le conocían. Y logró esa fusión de hipocresía y cinismo, que merecía hacer escuela y que sirve como modelo para sus sucesores.

Recorriendo este tipo de discursos, se podría observar que cuanto mayor es el crimen más alto es el tono; cuanto más haya matado el asesino, más indignado se muestra contra cada asesinado; que cuanto más

haya traicionado, más toma como testigo a la santa verdad; que cuanto más haya abusado de los fondos públicos, más sobre las nubes muestra su frente serena.

Cuando la capitulación [ante Alemania] estaba ya decidida y preparada, tras la sublevación popular del 22 de enero [que pretendía impedir la capitulación] Jules Ferry [alcalde de París] exclamó "Se ha cometido un crimen horroroso"... y acusó a quienes cayeron por las balas disparadas desde el Hôtel-de-Ville de haber vendido su propia muerte a los prusianos, precisamente a ellos, que hacían un esfuerzo desesperado para arrebatar París de las manos de los miserables que la habían llevado a su perdición. Y Ferry siguió hablando de los intereses de la defensa. Y qué decir de Thiers, quien, tras cinco días y cinco noches de masacre, durante la que miles de hombres que habían depuesto sus armas fueron fusilados por los soldados, encontró en su corazón un impulso de indignación, a cuento de un oficial supuestamente fusilado "sin respeto por las leyes de la guerra" por tales "villanos".

No hay palabras para describir esto, muy logrado dentro de su género. ¿Pero a dónde vamos? ¿Qué sucede con el lenguaje, el sentido moral, la fe humana, ante este abuso atroz? ¿Debemos esperar a que el vocabulario esté tan contaminado que ya no haya palabras utilizables por una boca honesta? ¡Honestas!, esa misma palabra se ha marchitado. Todo lo que antes merecía respeto ahora incita sonrisa y despierta ironía. Ya no existe el lenguaje noble y serio, lo que da miedo porque no sólo se pierde la lengua sino también todo lo que nos une y consolida nuestras relaciones. La confianza, que es la base de todos los sentimientos naturales y verdaderos, desaparece; la integridad social sucumbe, dejando la vida común tan estéril y más insegura que el desierto. ¡Y se quejan del relajamiento de las costumbres y el decaimiento de los caracteres!, cuando, en lo que se denomina la élite social y a plena luz, se muestran, como ejemplo para todos, el desprecio a los jura-

mentos, la corrupción, el asesinato, la calumnia y una hipocresía profesional convertida en cinismo.

Sé que podemos decir que es la rabia y las convulsiones de la agonía. Sí, también lo creo así. Pero pensad que esa agonía puede ser larga. La ignorancia popular y la monarquía son dos curvas que se unen formando un círculo, en el que podemos dar vueltas durante mucho tiempo y al que se puede volver, como ven, incluso después de haberlo roto. Hay agonías que pudren y que envenenan todo lo que les rodea; caducidades que pervierten a lo nuevo que nace. Se trata de vida o muerte, de infección o salud, para nosotros, para nuestros hijos, para muchas generaciones tal vez.

Vean ustedes cómo se vienen alternando imperios y monarquías, sin que tras 80 años hayamos podido siquiera volver al punto de partida. Por último, vean dónde está Francia. ¿No creen que ya tenemos demasiadas de esas experiencias y de que ha llegado la hora de ponerles fin? ¿Quién puede tener la fortaleza o la inercia necesaria para soportar de nuevo tales angustias, tales cataclismos, y para asistir otra vez a tan terribles espectáculos?

Y, sin embargo, ¿de qué seguridad podemos disfrutar en tanto que las mismas ambiciones malsanas y criminales sigan embaucando al mundo y convirtiéndole en su presa? ¿Quién no conoce el secreto de la tragicomedia que se está representando? Tras este nuevo Junio, aún más terrible, vendrá una nueva supresión de la palabra República, una nueva restauración. La más vergonzosa aunque se jacte de ser la más fácil. No ha perdido al mundo rural, mantiene todas las posiciones que le han dejado los "grandes republicanos" del 4 de septiembre y conserva al ejército, que se le ha entregado al precio de la masacre de París. ¿Pero éstos u otros, qué importa?, es la misma bajeza, la misma corrupción. No hay dos sistemas. Antes, los gobernantes, creyendo en sus principios, tenían o podían tener al menos ese tipo de honor que, en cierta medida, produce virtud y grandeza.

Pero hoy en día no son más que jugadores en la Bolsa de la idiotez pública, que suben o caen con ella; lo saben muy bien y especulan con ella, pasando de Louis XIV a Robert Macaire [personaje teatral de Benjamin Antier, que encarnaba a un especulador sin escrúpulos]. Los medios actuales de dominación, ya se trate de un imperio, una monarquía o una pretendida República en manos de una aristocracia, son la mentira, el miedo, la corrupción y la calumnia, con la ayuda de los fusilamientos. Pero los sistemas también empeoran al envejecer, pues los medios que utilizan se desgastan y tienen que usarse cada vez con más fuerza. ¡Qué porvenir!, si es que no es el final.

Sin embargo, muchas personas, a las que las palabras confunden, creen que lo único a temer sería la restauración de la monarquía. Son difíciles de convencer.

Francia, abandonada al extranjero; las traiciones y malversaciones de 1870; el armisticio y la paz de 1871, la guerra civil, la masacre de París, el terror tricolor, la educación pública entregada de nuevo a los curas, como la prensa a los financieros, la justicia a los intermediarios, el ejército a los asesinos, la administración a los corruptos, la política a los Basile [personaje de Beaumarchais, divulgador de rumores y calumnias]: ¿puede mejorarlo una monarquía?

Dejemos de centrarnos en los efectos y prestemos atención a las causas. El trono es una barricada al servicio de las aristocracias. Entretiene al enemigo, recibe los golpes y cuando, después de quince o veinte años, es superado, entonces le abandonan declarando que no valía para nada, haciendo algunas proclamaciones a los vencedores y poniéndose de inmediato a la tarea de reconstruir una nueva barricada a su servicio.

Si ustedes son consecuentes y sinceros, al contemplar los trece meses transcurridos desde el 4 de septiembre, tantas intrigas, tantos crímenes, tantas duplicidades, tales horrores, reconocerán no sólo que la paz entre las naciones es incompatible con la

monarquía, sino que la paz interna de las propias naciones y la moralidad pública son incompatibles con la existencia de las aristocracias. Y añadirán a su denominación otro dogma revolucionario, la igualdad, que ustedes han erróneamente olvidado, pues la libertad no puede existir sin igualdad y la igualdad no puede existir sin libertad.

Por divididos que estén, prestos a devorarse entre sí cuando no tengan otros temores y haya que disputar el botín, se han puesto todos de acuerdo: MacMahon y Changarnier, Thiers y Rouher, el duque de Aumale y Jules Favre, Jules Simon y Belcastel, Vacherot y Temple, Ferry y Hausmann. Se han aliado todos contra el gran enemigo, el Satán de la revuelta popular. Thiers olvidó la prisión de Mazas y los Orléans la confiscación. Audran de Kerdrel olvidó la traición de Simon Deutz y la ciudadela de Blaye. Ahora se les ve brindar, gritar, denunciar y matar junto a los Villemessant [fundador de *Figaro*] de todos los periódicos, los Galiffet de todas las alcobas, los St. Arnaud de todos los chanchullos, los viejos y los pequeños despojos de todos los regímenes. Todos ellos han olvidado las bofetadas que antes cruzaron y se han dedicado, en llamativo acuerdo, a fusilar, encarcelar, a decretar y a presupuestar como buenos hermanos.

Sí, esa gente tiene una fe, una fe profunda e inquebrantable. El conde de Chambord, el conde de París, Bonaparte, son sus santos, pero por encima de sus santos tienen un Dios, el Privilegio, ante cuyo altar sacrifican sus resentimientos y divisiones. Esa es su fuerza y siempre la tendrán hasta que no sea destruida por una fuerza mayor y opuesta. Pues, en un caso semejante, eso es lo que ellos harán siempre.

¿Por qué los demócratas actúan de manera diferente? Precisamente en eso reside su debilidad.

Lo hacen porque no tienen la misma fe ni una fe profunda.

Lo hacen porque están divididos en un gran número de capillas, más monárquicas de lo

que querrían aparentar, y sobre todo divididas en dos grandes sectas, la que ama la libertad y la que ama la igualdad. En el fondo, es algo así como un combate entre los partidarios de la Virgen de Atocha y la Virgen de Loreto. Pues la libertad y la igualdad son uno y el mismo Dios en dos personas.

Nuestro dogma procede del Sinaí de la gran Revolución, grande porque fue reveladora, grande, aunque menos por lo hecho que por lo dicho. Quien se pretende demócrata data su origen en la Declaración de los Derechos Humanos. Nadie la rechaza e incluso son los liberales quienes más hablan de 1789. Bien, ¿qué dice? Dice "Libres e iguales".

Y no podía decir otra cosa, porque desde el momento en que el derecho, el nuevo derecho que va a renovar el mundo, se basa en la simple cualidad humana, no puede haber igualdad sin libertad ni libertad sin igualdad. Lo uno implica completamente lo otro. Si ahondamos en uno de los dos términos nos encontraremos con el otro en su interior.

Si ustedes gozan de ventajas que yo no puedo obtener por mi misma aunque me son necesarias, no soy vuestra igual, ustedes son mis protectores o mis amos. Yo no soy libre.

Si la igualdad decretada por ustedes ofende a mi conciencia, ordena mis gustos, mata mis iniciativas, no soy libre, ustedes son mi rey y mi papa.

Ser libre es estar en posesión de todos los medios para desarrollarse de acuerdo a nuestra naturaleza. Si esa libertad es la que ustedes proclaman -¿no es eso lo justo y verdadero?- nos podemos entender, pues esa es también nuestra igualdad. Entonces, sólo tendremos que buscar en común las medidas necesarias para que la sociedad humana realice ese objetivo legítimo, normal.

Y bien, sí, aunque a muchos parezca ingenua esta opinión, o al menos esa esperanza, porque nada se hace sin esperanza por pequeña que sea, creo que sería fácil elabo-

rar sobre el terreno de los principios de la Revolución una alianza, un programa común de todos los demócratas sinceros, programa que, más allá de sus fronteras, dejaría a cada cual detenerse o seguir su camino. Sólo debe haber una verdadera buena voluntad, un estudio serio de los problemas, a la luz de los principios. En lugar de duras críticas, siempre un poco personales, lo que aumenta los malentendidos, necesitamos la búsqueda de los aspectos que nos vinculan. El tiempo y los medios perdidos en denigrarnos, en combatirnos y en hacer que la causa pierda popularidad a causa del estruendo de nuestras disensiones, deberían emplearse para desarrollar y extender la idea. Sería finalmente necesario renunciar a ciertos defectos, lo que por supuesto es difícil, y a ciertos prejuicios, que no lo es menos, pero no sería algo imposible para personas que caminen por la ruta de la idea y del progreso. Lo más difícil, como en todas las cosas, sería el primer paso, el cuestionamiento de las cosas establecidas, pero el espíritu que hiciera ese esfuerzo podría hacer todos los demás, a condición de que le mueva una búsqueda sincera.

Sólo me dirijo a los sinceros, dejando que los otros se burlen de tales ilusiones. Me dirijo a quienes sienten el peligro inminente que amenaza a Francia y a la revolución en el mundo entero. A quienes sufren en lo más profundo de sus almas que haya tantos errores infantiles en este bando y tantos crímenes en el otro; a quienes sufren por la desmoralización creciente frente a tantas renunciaciones y traiciones, y por la duda mortal que invade la conciencia humana. A aquellos que han sacado algunas lecciones de los espectáculos que se desarrollan ante nuestros ojos. A aquellos, sobre todo, que ven, que sienten llegar, la terrible batalla, donde los apetitos materiales de quienes están abajo se vengarán finalmente de los apetitos materiales de aquellos que están arriba. Y ocurrirá sin freno, como los otros han actuado sin piedad. Una guerra sangrienta y feroz, implacable, como la que

acaba de tener lugar, pero más decisiva porque las aristocracias no pueden exterminar al pueblo pero el pueblo puede exterminar a las aristocracias.

¿Y cómo sorprenderse de que a fuerza de tales ejemplos el pueblo, en su miseria, terminase de perder lo que tiene de paciencia, de ideal y de bondad? ¿Acaso su ignorancia le obliga a ser más virtuoso? ¿Quién puede medir el odio acumulado en este momento en el corazón de viudas, padres, hijas, hermanos, huérfanos? ¿Por qué no van a decirse que de nada sirve parlamentar si a sus reivindicaciones se responde matando?

Finalmente, la defensa se convierte en ataque. A la rabia salvaje responde la rabia salvaje. Las gentes del pueblo no son filósofos estoicos. ¿Quién puede indignarse por ello? ¿Los ilustrados que los matan? ¿O incluso los que dejan que les maten?

Vuelvo a mi sueño de la unión, por insensata que sea. No hay que desesperar nunca. A veces, cuando los castillos arden, hay noches del 4 de agosto [fecha en la que, en 1789, la Asamblea Constituyente abolió los privilegios feudales].

El asunto principal que divide a los demócratas liberales y a los socialistas es la cuestión del capital, que expresa, de forma más precisa, la querrela sobre libertad e igualdad de la que ya he hablado. No puedo tratar esto aquí con la debida amplitud, sólo quiero señalar un hecho tan verdadero como, generalmente, poco entendido: la mayor parte de la burguesía, toda la burguesía media y pobre, sufre tanto como el pueblo a causa del régimen actual del capital.

Todo el mundo sabe y se queja del futuro del joven sin fortuna, bachiller reciente, que se presenta al combate de la vida lleno de esperanza, con la ambición que le da la educación clásica. Si tiene talento, tiene grandes posibilidades de ser aplastado por la ineptitud o por la envidia; si tiene genio, está casi perdido; si tiene carácter, no queda lugar para la duda.

¿Por qué? Porque las fuerzas naturales, ardientes, generosas, son en este mundo

como el brazo del que se ahoga y no encuentra nada en lo que agarrarse. Porque no pueden decidir por sí mismos y dependen del capricho de otro, elegido por azar, monarca hereditario que, por derecho de nacimiento, es juez de todo tipo de méritos, o tal vez investido por el derecho de conquista, pero éstos son aún peores, como los Genserico o los Atila.

Impera por todos los sitios el orden monárquico, es decir, el orden del favor, la intriga y el abuso, no de la libertad y la justicia. Se quejan de la falta de fuerzas vigorosas, pero en vez de usarlas para producir las utilizan para luchar. Lo que encontramos en el comienzo de la vida no son caminos transitables sino matorrales y obstáculos. Muchos se paran a mitad del camino, cansados, desesperados, sintiendo una terrible impotencia que no puede ser superada con capacidad y coraje, porque todo depende de una decisión ajena, de una coincidencia, de un protector. Los que lleguen, agotados, cansados, viejos, ya sólo querrán descansar y serán quienes, con sus fuerzas extintas, compartirán el gobierno del mundo con los elegidos por el azar del nacimiento o con los advenedizos de la intriga.

Las fuerzas jóvenes y puras no gobiernan en ninguna parte. Contra las leyes de la naturaleza, la senilidad domina al vigor, el pasado mata el futuro. En vez de caminar hacia adelante, la humanidad patalea sin avanzar y todas las nobles inspiraciones abortan bajo el mandato caduco del egoísmo y la cobardía. Los impulsos generosos, las ideas fecundas, muy presentes pese a todo en la humanidad de este siglo, sólo conducen a la banalidad de los hechos.

La humanidad tiene en sus archivos y relea con deleite la historia, la misma con diferentes nombres, de quienes, con su genio, triunfan finalmente tras pasar muchas pruebas en las que han estado a punto de perecer. Posiblemente no haya nada más emocionante y bello. Pero es fácil dejarse ir y creer falsamente que este bello cuento de hadas es real, que siempre ocurre lo mismo, que tarde o temprano quien tiene talento

encuentra en su camino ese azar feliz, que le salva y corona. Nos olvidamos de que azar no es justicia y de que es inevitable que por cada uno salvado perezcan mil, a quienes no se presta el socorro ni la ayuda que todo ser humano debería encontrar en el entorno social si la sociedad fuera orden y no caos, ciencia y no empirismo.

Y no se trata sólo de quien posee talento. Relativamente, desde el punto de vista social, pero absolutamente en cuanto a la persona concernida, toda capacidad no empleada causa sufrimiento y desdicha.

Esta ley del capital es de naturaleza aristocrática, pues tiende cada vez más a concentrar el poder en pocas manos; es inevitable que cree una oligarquía, dueña de las fuerzas nacionales. No sólo es anti-igualitaria, sino también anti-democrática, y sirve a los intereses de unos pocos en contra de los intereses de todos. Es una de las expresiones de esa concepción del pasado, nada nueva, según la cual, en la tierra como en el cielo, en la religión como en la política, sólo se admite a unos pocos elegidos. Está en oposición a la nueva concepción de la justicia, a la tendencia irresistible que hace que todo se vaya inclinando hacia el lado de la mayoría, a ese instinto que está penetrando en las masas. Instinto que habría que apresurarse en transformar en moral y ciencia, antes de que, creciendo ineluctablemente en fuerza y potencia, se atenga a los hechos, más brutalmente quizá.

Esta ley, repito, está en oposición incluso al interés común de la mayoría de los que la defienden y con el interés de todos aquellos que no han encontrado en su cuna una llave de oro que les abra las puertas de la vida.

La ley del capital mantiene en servidumbre no sólo a los pobres sino también a la gran mayoría de la burguesía que vive de su trabajo, de su capacidad, y que incluso, tal vez, sea más dependiente que los trabajadores manuales del capricho y del favor de los capitalistas, de los grandes. Pero, al estar más cercana a las fuentes de la fortuna, cree que puede mojar en ellas sus labios e, incluso cuando el chorro se aleja, sigue

esperando o sólo logra saciar la sed a costa de esas complacencias y renunciaciones que son la vergüenza, la debilidad y la miseria de esta época.

Para muchas mentes, sin embargo, la ley del capital es fatal e insuperable. Es la superstición del hecho. No hay nada inevitable en contra de la justicia. Se han propuesto soluciones y se han de considerar sin prejuicios. Las hay más o menos radicales, pero todas deben ser abordadas desde el odio pleno y sincero hacia el pasado del derecho divino, con una fe plena y sincera en la revolución de los derechos humanos, con el deseo de igualdad.

Ustedes han planteado en sus programas este problema, ¿pero lo han abordado de manera decidida, con todo el calor y toda la independencia de la que su pensamiento y su conciencia son capaces? ¿Han comenzado por despojarse de sus costumbres y prejuicios, como en otro tiempo se dejaban las sandalias en el umbral de un templo? ¿Por encima de todos los intereses que unen su causa a la de ellos? ¿Y qué pasa con todas las concesiones que, se quiera o no, ustedes les han hecho, aconsejados por su ambición y a pesar de su conciencia? ¿Qué pasa con esos vínculos que son cadenas para el carácter y para el pensamiento? ¿Esa es la actitud necesaria para poder entenderse con los desheredados?

Sí, todos los hijos de la revolución, todos los que acepten sus principios en su totalidad sublime, pueden caminar juntos por este camino, jalonado por todas las conquistas perdidas, un camino que quizá haya que recorrer durante mucho tiempo, preparados para actuar, antes de llegar a los distintos senderos que conducen a las tierras desconocidas.

Pero hay que quererlo. Es necesario que desde cada parte renunciemos a prejuicios, rencores y desprecios que aún están marcados por un espíritu aristocrático. Una doctrina que proclama el derecho de los desheredados, que hace a la sociedad responsable de los defectos de los pobres, que fustiga todas las injusticias y afirma que es

posible el bienestar para todos, debe necesariamente atraer no sólo al pueblo en la miseria, aunque aún no lo suficiente, sino también a todos los descontentos con el orden actual, a todos los egoísmos ofendidos, a todas las ambiciones burladas, legítimas o no, sanas o malsanas. Así, Magdalena, Simón, los samaritanos, comprometían a Jesús. Admiramos esto ... en el Evangelio. En el club nos indignamos y nos retiramos sacudiendo el polvo de los zapatos. De hecho, los pecadores de Jesús estaban arrepentidos, lo que apenas ocurre con los nuevos pecadores. ¿Pero esto qué significa? La democracia es una terapeuta, que arrastra un hospital en su estela. Esa es su desgracia y su gloria.

Sí, sería magnífico que sus seguidores perteneciesen todos al pueblo y que la burguesía no le enviase sus desechos, sus frutos ya secos y las incapacidades vanidosas que tan bien sabe producir. De ella proceden la mayor parte de los que, para que se les escuche más, gritan insensateces; quienes deslumbran con facilidad al pueblo con una retórica llena de palabras vacías, quienes, por el placer de ser jefes, le embarcan en iniciativas locas y desastrosas, quienes, en vez de llevarlo a la reflexión e instruirle en la justicia, sólo excitan en él odio y pasión. Son esos que escaparon de la universidad llevando en su cabeza sólo recuerdos y frases librescas, los que convierten en su contrario la idea comunal, la difusión de la libertad, el Comité de Salud pública. Es poco conocido, y por eso es necesario decirlo y repetirlo, que la revolución del 18 de marzo no fue dirigida por socialistas, como se ha afirmado intencionadamente, sino por el jacobinismo, el jacobinismo burgués, en su mayoría compuesto por periodistas, hombres de 1848, estudiantes, miembros de los clubes. La minoría, obrera y socialista, se abstuvo a veces y casi siempre protestó, pero nunca dirigió el proceso.

Pero, aunque no sean perfectos todos los miembros del partido democrático, lo que también pasa en los demás partidos, ¿qué le importan esas personas a quienes creen

profundamente en los principios y se sienten impulsados a actuar intensamente para su realización? En este mundo y en este tiempo el combate está en todos los lugares. Pero hay que combatir o perecer. Las gazmoñerías y desalientos nada tienen que ver con la convicción y la dedicación a una causa, y justifican los reproches que el pueblo dirige a los liberales burgueses, a los que acusa de ser meros "aficionados" de la democracia, dispuestos a cosechar aplausos y ganancias, pero que esquivan el compromiso cuando tienen miedo. Van delante si así satisfacen su vanidad o sus intereses, pero abandonan al pueblo que se había comprometido a seguirles en cuanto la situación evoluciona peligrosamente y amenaza su dinero o su consideración, en este mundo en el que las conveniencias priman sobre la fe y el verdadero honor.

El pueblo afirma también que la mayor parte de esos hombres carecen de corazón para comprender sus sufrimientos y para querer cualquier cosa de la que ellos no carezcan. En manos de tales jefes sus revoluciones se han trocado en compromisos políticos, donde los derechos del pueblo han sido olvidados. De ello el pueblo saca la conclusión de que hay una gran diferencia entre condiciones y sentimientos, llegando casi al punto de meter en el mismo paquete a todos los que no están con el pueblo. Juicio injusto en lo que se refiere a las intenciones personales, pero justo en el sentido de que en la época actual, cuando las situaciones se han polarizado tanto, los compromisos ya no son posibles.

Por otra parte, hay que reconocer que los demócratas avanzados, los socialistas en general, merecen el reproche contrario, por su firme voluntad de aplicar desde mañana mismo la verdad que poseen o creen haber descubierto el día anterior. Cometan el error fatal de pensar que se puede violentar la opinión social para ir más deprisa. Yo creo, por el contrario, que esa es una de las razones por las que vamos tan despacio.

Se olvidan de que la vida de un pensador tiene dos facetas: el derecho para sí mismo

para ir tan lejos como le sea posible y explorar lo absoluto, y el deber de ser entendido por los demás. Sin embargo, las gentes sólo nos pueden entender hablando su propio idioma, partiendo de donde están para, si es posible, atraerlas. En resumen, el partido avanzado es intolerante; no es el único que lo es, pero se las apaña para que se le note más.

Y sin embargo sigo creyendo que sería posible una alianza que, manteniendo cada cual sus convicciones y su libertad, uniese a todas las tendencias democráticas contra los enemigos de la paz social y para la realización de un programa, ya que son muchos los puntos en los que podemos estar de acuerdo, más que aquellos que nos pueden dividir: recuperar todas las libertades, la de prensa, la de venta ambulante, la de reunión, la libertad comunal aún por construir, el impuesto único y progresivo, la organización del ejército nacional y ciudadano, y, por último y quizás lo más importante, la educación democrática, gratuita e integral.

En tanto que una criatura nazca sin que en su cuna tenga más hadas madrinas que la muerte, presta para segar su frágil existencia a falta de cuidados, y la miseria que, si escapa de la muerte, hará raquíticos sus miembros o atrofiará sus facultades, le condenará a los dolores incesantes del frío y del hambre, y, por desgracia a menudo, a la rudeza de su madre, en vez de a esa fiesta de la vida que la mujer rica o acomodada puede dar a sus hijos; en tanto que, educada en la calle y los tugurios, su infancia dolorosa esté llena de privaciones, privada incluso de la inocencia; en tanto que su inteligencia sólo reciba, como mucho, una educación supersticiosa y puramente literal, lo que hace que la escuela primaria actual sea tan funesta, estéril y fría; en tanto que crezca sin más ideal que el cabaret, sin otro porvenir que trabajar día a día como una bestia de carga... en tanto que todo eso ocurra, la mayor parte de la humanidad verá frustrados sus derechos, la sociedad llevará una vida pobre, estrecha, corrupta y

turbada por el egoísmo, la igualdad será una farsa y la guerra, la más horrible, la más feroz de todas las guerras, abierta o latente, desolará el mundo, deshonrando a la humanidad.

Tras una sonora interrupción por parte del público, el silencio fue restablecido y, cuando el discurso podría haber continuado, el presidente del Congreso prohibió a la oradora continuar.

Me invitaron a participar en el Congreso de la paz y la libertad a través de un miembro del Comité, con garantía de plena y libre discusión, no sólo para mí sino también para mis amigos de la Internacional y la Comuna. De esta invitación a los proscritos saqué la idea de que me encontraría ante un deseo sincero de conocer la verdad y de sacarla a luz.

Sin embargo, en esta reunión, que tiene por objeto los más vitales y acuciantes problemas de nuestro tiempo y que proclama su intención de intervenir en política en nombre de la moral, se ha retirado la palabra a alguien de cuya sinceridad no puede dudarse y que daba testimonio sobre el hecho actual más considerable y fértil en cuando a consecuencias morales, sociales y políticas.

¿Por qué motivos? Porque la oradora se salía del tema. ¿Qué? El orden del día es la cuestión social. ¡Pero hablar de la guerra social ante el Congreso de la paz y la libertad, de sus horrores y de las intrigas y crímenes de quienes la hacen en el presente y la preparan para el futuro, no se ajustaba al tema!

¿Qué entiende entonces por *guerra* el Congreso de la Paz? ¿No es el derramamiento de sangre, la violencia del hombre contra el hombre, el asesinato en fin? ¡La guerra social no es una guerra para ellos! Pero si es la guerra más amarga y cruel. Entonces, ¿cómo puede este Congreso recusarse a sí mismo cuando se invoca su veredicto sobre tales actos en nombre de la paz, la moral y la justicia?

Es un grave y cruel error de la burguesía liberal creer que haciendo caso omiso de

hechos tan enormes y graves puede escapar a sus consecuencias y mantener cierta influencia y algún valor. ¿Cómo pueden presentarse como moralistas y decir que este crimen no nos concierne por tener tanto alcance? ¿Cómo pueden presentarse como políticos y sólo abordar teorías, o como adoradores de la libertad y quitar la palabra a quien la reclama? ¿Qué resultados serios pueden esperarse?

La burguesía tiene la pluma, la palabra, la influencia. Podría ser el órgano de las reivindicaciones del pueblo asesinado, oprimido, derrotado. Así habría sido el órgano de la justicia.

Llegué al Congreso con una esperanza, me voy profundamente triste. ¿Qué responder ahora a quienes hablan de prejuicios y ponen en duda la buena fe? ¿Cómo hacer frente a una división cada vez más pronunciada, cuando sólo la unión podía conjurar la terrible crisis que, tarde o temprano, tendrá que resolver el problema en vez de hacerlo la razón y la justicia?

Para quienes están apegados al entorno burgués, lo que denominan conveniencias ahoga los principios. Viven de los compromisos. Quizá mueran por causa de ellos.

Lausana, 27 de septiembre de 1871